



DIOS EN LA NARRATIVA ARGENTINA

H. E. LEZAMA

En esta última nota, el novelista Federico Peltzer, termina el análisis del tema, a través de las obras de los escritores H. E. Lezama y Dalmiro Sáenz.

Después de Gálvez (en los libros ya analizados) Hugo Ezequiel Lezama ha llevado el tema del sacerdote a la novela.

El padre Damián Lagos es fervoroso. Cierta día, en ocasión de un veraneo, acudió a rezar por un agonizante. Ahí descubrió su vocación, acentuada en el seminario, aunque ciertas rebeldías lo singularizaron. Es un espíritu crítico (confiesa que el sentido del humor no lo abandona nunca) y destaca al clero rutinario, la falsa prudencia, las actitudes de quienes, como él dice, si Cristo volviera a la tierra estarían del lado de Caifás. Pero a esa modalidad (que podría ser virtud) le sobra orgullo. Se cree fuerte y se complace en jactarse: si la ocasión llega, no negará a Cristo. La primera prueba es sencilla y le da prestigio: la persecución religiosa lo hace víctima notoria, gana ante sus propios ojos. Entonces conoce a Carina, una pintora llena de ternura, de encanto, de generosidad en el don de sí, pero vacía de fe.

El padre Damián y Carina se enamoran. El no puede admitirlo; mejor dicho, no puede permitirse un sentimiento humano que echaría por tierra con el concepto de la perfección propia. Oculta su estado e interpone a Dios como una valla. No se trata aquí del Dios de Greene, el de Sáenz, o el de "La hora undécima": un

intruso que se cuela para frustrar el amor; es un Dios-escudo, una autodefensa: "Has conseguido meter el sonido de esa palabra Dios, aquí, entre tú y yo, y ahora está siempre presente, siempre presente", dice Carina. Y dice bien: Dios no es la fuente del amor, sino un sonido; un gendarme que los separa en vida, y los apartará en la muerte, si Carina no cree.

La entrega amorosa lo hace sentirse sucio y culpable. Se cree indigno de celebrar la misa y pone tierra de por medio. Comienza a desarmarse el hombre íntegro, el seguro y satisfecho de sí. Carina, abandonada al cuidado de un amigo, enferma gravemente y el padre Damián lo sabe. Desde su escondite en Córdoba, lanza una apuesta a Dios: "Tómame, pero tómalala también a ella". Una serie de hechos le impiden volver y asistirle. Aislado, preso como un animal en su jaula, vive su odio al Dios que no desaparece y le impone su fe, como un cilicio. "Y además de todo esta fe incierta que me destruye. Dios, por caridad, quítame a la fe. Que no crea en Ti, Señor, para amar sin miedo a Carina".

El amor es, en el padre Damián, un arma contra sí y contra los seres que ama. Los juzga, se suplanta a ellos; no los respeta en su libertad. Así procede con

sus colegas, con sus amigos, con Carina, con él... y con Dios. Pretende dictarle las normas que su orgullo y su autoestima consideraran indiscutibles. Baraja la salvación (la propia y la ajena), como si fuera el Juez en el último día. No puede amar y aprovechar la riqueza del amor, porque es incapaz de dar, de darse. Entrega abstracciones, esquemas, nunca el propio ser. Y tampoco puede recibir, porque los esquemas se lo prohíben, y le parecen más importantes que su inconfesada necesidad de amor. Niño rencoroso, rechaza el regalo del Padre, la solicitud de su mano. Al padre Damián le falta abandono.

En tal situación le llega, a través del amigo, la noticia de la muerte de Carina; una versión mutilada, porque han omitido hacerle notar el "Dios existe" con que ella se rindió a la fe, antes de morir, ávida de una eternidad para ambos. El padre Damián decide su suicidio. Quiere castigar a Dios, hacerlo sufrir: "No le voy a dar tiempo a Dios para que me salve. No pienso darle tiempo a que me perturbe con sus inconstantes ramalazos de amor". Se matará para que Él no obre pacientemente, para no caer vencido cuando llame con porfía a su puerta. Aquí se advierte la índole infantil del personaje: niño despojado de su juguete, quiere castigar, quiere que el padre pague

con su dolor el dolor que le ha inferido. Lo siente lejano, desatento, y lo quiere pendiente de Él: "los ángeles se han ido y la tierra está sola". En verdad, el padre Damián está más solo que nunca, con su tormentosa soberbia de actor que no ha podido sacudir la escena con sus grandes gestos.

Pero aún lo aguarda la última jugada de Dios. Porque el suicidio fracasa también, Él se adelanta a la mano del padre Damián, dispone el accidente que evita ese pecado final. Quizá el que todo puede y todo sabe, ahorre así al niño la última crueldad inútil. Antes de verse obligado a castigar, reconociendo ese amor de criatura sin madurez, le sale al paso, lo atrae a sí. Tal vez en el abrazo de Dios, además de amor, haya como un poder milagroso para hacer crecer al hombre-niño.

DALMIRO SÁENZ

Dice P. H. Simon, a propósito de Mauriac: "El dominio del novelista es la pasión humana; por consiguiente, es casi de un modo fatal el imperio del pecado... Así que, por una parte... existe una especie de deber de estado que le obliga a obrar según la ley de su arte, es decir, a dramatizar una verdad impura... Por otra parte, permanece el deber y el escrúpulo de una conciencia cristiana, precavida contra la especie de pecado consistente en fijar la atención propia, y especialmente la de los demás, con connivencia de espíritu que fomenta la tentación". Tales reflexiones son apropiadas para juzgar la narrativa de Dalmiro Sáenz un escritor en cuyas páginas la debilidad carnal, y su glorificación por el amor, se hallan presentes con obsesiva frecuencia. Sáenz suele elegir para casi todos sus relatos dos clases de seres: los que están al margen (prostitutas, rufianes, delincuentes, radiados por la desesperanza) y los que procuran someterlos a un orden en el que tampoco parecen creer (policías, mandones, dueños transitorios del poder). Pero hay, además, otro protagonista necesario en

ellos: Dios. Así lo dijo en el prólogo de su primer libro "Setenta veces siete", anotación superflua, porque sobraba, para comprender su sentido, con el espléndido título y el cuento final.

"Setenta veces siete" es el libro de la ausencia de Dios, es decir, del efecto que produce en el corazón del hombre el vacío que ese protagonista debe ocupar. La criatura humana sin Dios queda librada, con toda la riqueza de sus posibilidades, a la sola fuerza del mal. Sobrecoge esa enorme aptitud del hombre malograda por un vacío. Personaje por sustracción, que se repite en "Treinta treinta".

El lema del segundo libro, "No", es ilustrativo: "a imagen y semejanza". La criatura humana tiene una esencial dignidad, por ser hechura similar al Creador.

Aun sumergida en la mayor abyección, conserva esa huella de Quien la formó sobre el mismo modelo. Por tanto (y tal parece ser el sentido del libro), es preciso amarla, porque todo amor humano, inclusive el más reprochable, al posarse sobre quien es imagen de Dios, participa del amor a Dios. Y cuando las circunstancias no permiten amar a los demás, puede el hombre replegarse sobre sí, contemplarse en Él y, amándolo, amarse.

Los cuatro cuentos del libro son historias de renunciadas: en los adolescentes, en la provinciana, en las prostitutas, en la mujer adúltera. Remedan los actos de algunos personajes de Greene, particularmente en "Cafishio", donde las semejanzas son mayores. Como Bendrix ("El fin de la aventura"), el amante de Laura siente que ésta se le escapa para ser de Dios. Quizá por ello no ahorra (ni nos ahorra) ninguno de los arrebatos del sexo; necesita hacérselo inolvidable, para que la memoria de los sentidos pueda más que su Dios absurdo. Plantea la rivalidad desde el comienzo: "Fueron unos segundos no más en que coincidieron el final de sus rezos y el principio de mis caricias, pero en esos segundos tuve toda la sensación de compartir a Laura con ese

Dios de ella". La lucha es desesperada: "comprendí que era imprescindible mi triunfo sobre ese Dios, en el cual yo no creía, pero que sabía que en ella siempre estuvo latente, y que recién ahora, en presencia de su primer amor verdadero, surgía de golpe...". Y, finalmente, el desenlace, la ausencia y la clave del libro: "Una vez me había dicho: Claro que no lo queremos a Dios, seguramente porque no lo vemos; pero sí lo podemos querer a través de la gente". Sarah, la de Greene, le dice en su diario al Dios recobrado: "¿Amé nunca tanto a Maurice, antes de amarte a Ti? ¿O era realmente a Ti a quien amé todo el tiempo?". Y en la historia paralela que integra el cuento "Cafishio", reaparece la "necesidad de amor de los seres humanos, que nos hace adorar a Dios a través de los demás seres, hechos a su imagen y semejanza, o, a falta de éstos, a través de nuestra propia persona, con esa poderosa fuerza que es el amor a uno mismo".

"El pecado necesario" reitera el conflicto entre el mal tenaz y la sed de salvación. Parece subrayar cómo el mal es imprescindible para que la redención resplandezca y brote la gema brillante que en todo hombre está a menudo oculta, más allá de su condición. También aquí el lema es sugestivo y por algo lo ha extraído de la liturgia del Sábado Santo: "¡Oh, feliz culpa!" Glorificación del Redentor, alivio del hombre rescatado.

A través del duelo entre el policía y el pretendido delincuente, aparece un segundo tema que ya había esbozado en "Hay hambre dentro de tu pan" (el más débil de sus libros). Podría sintetizárselo en una fórmula que, por cierto, expresa su sentimiento común al hombre de hoy: no hay un culpable, la culpa se diluye entre muchos, o entre todos, porque todos determinamos, con nuestros gestos, nuestras acciones, o nuestras omisiones, el destino de los demás. El bien y el mal no están repartidos en distintos sectores de la humanidad; todos llevamos parte de uno y de

otro. Mariana (la amante del policía), le dice al hombre que representa la ley, los valores socialmente admitidos: "...usted puede querer un sector del mundo porque tiene ocasión de odiar a otro sector. El día que se dé cuenta que los dos sectores son uno solo, no sé qué va a pasar". Pasa que el inspector Saá se enfrenta con "El Mochila", condenado de antemano por ciertas apariencias que no son la verdad; pasa que lo destruye antes de advertir su error y la lealtad primitiva del otro; pasa, en fin, que se abre un abismo entre él y Celina (su mujer, una farisea digna también de la pluma de Mauriac). Saá termina pasándose al bando de Mariana. Aunque siempre estuvo del lado del orden, la ley, los valores convencionales, puede ahora decirle a Celina: "...estás hablando como hablan los creyentes, los que tienen un Dios para equilibrarse, para compensar esa hambre que llevamos todos. ¿No ves que todos somos parte de una misma cosa, no ves que yo estoy en Cecilio, en Mochila, en vos, en los testigos? ¿Por qué ustedes se han fabricado un Dios? Porque solos no hubieran podido aguantar el peso de las cosas..."

Cuando no se cree en Dios hay que creer en el hombre... Si no creés en los hombres tenés que creer en vos mismo, tenés que encontrarte, y eso es lo difícil porque uno está disperso en cada uno de los hombres del mundo".

Panorama Literario

Cantos de la edad de oro

Ansia de redención. Aceptación del pecado; pero no como una lacra irredimible, sino como ocasión para aquélla. Actitud de amor y de fe en el hombre, que prohíbe juzgarlo, porque el fondo humano es una hermandad sin fronteras. Tales, hasta ahora, los temas con que Sáenz salva a esos personajes suyos que merecen también las palabras de Mauriac: "Quizá los que parecían condenados al mal habían sido elegidos para el bien y lo profundo de su caída daba la medida de una vocación traicionada. Los bienaventurados no existirían de no haber detenido el poder de condenarse. Quizá sólo los que se pierden hubieran podido convertirse en santos".

Hasta aquí, los hombres y los libros que, en el campo de nuestra narrativa, han tratado más directamente el problema de la relación hombre-Dios.

Cité al comienzo a Malraux, insospechable de sectarismo. Cabe ahora agregar esta reflexión, que quizá sorprenda a muchos, del autor de "La condición humana": "El problema capital de fines del siglo será el problema religioso —en una forma tan diferente de la que conocemos, como lo es el Cristianismo frente a las religiones antiguas; pero no será el problema del ser".

La humanidad ha pasado por numerosas pruebas. Algunos han anunciado su aniquilamiento a corto plazo y han creído advertir en nuestro tiempo los signos del

Apocalipsis; otros, en cambio, han abierto más que nunca los ojos, para estar atentos, con fe en el hombre, cuando las nuevas maravillas que se anuncian tengan lugar. Pero los dos bandos, por igual, tienen ansia de un mundo donde el hombre pueda vivir en plenitud, sin deformaciones ni cadenas, hacedor de su destino. "Sólo hay una tristeza: no ser santos", decía Bloy al final de "La mujer pobre". Quizá esa tristeza, confesada o no por creyentes y ateos, los inunde por igual, porque unos y otros necesitan saberse más puros frente al misterio, cualquiera sea el nombre con que se lo bautice. Pero quizá también no sea menester tan sobrehumana empresa, y los hombres, simplemente, quieran un poco de sosiego para considerar el encuentro con el Dios desconocido.

Ha dicho Merton: "Solamente la soledad me ha enseñado que no tengo que ser ni un dios ni un ángel para serte grato". Y la soledad (bien lo sabemos quienes escribimos y leemos con tanta prisa de buscadores) es nuestro clima. Tal vez sea menester abandonarnos a ella para que Dios pueda manifestarse, como en el tiempo en que sus siervos se iban al desierto. Quiera Él preservarnos para no confundir su Voz con la del otro morador del yermo. Llegará quizá el tiempo en que el hombre necesitará ser todo oídos, sin palabras, nada más que oídos, para escuchar el llamado a la alegría de la santidad.

por Alberto Blasi Brambilla

Cuando brindamos desde este **Panorama Literario** la crónica de los sucesos literarios veraniegos, mencionamos el importante premio que César Rosales había obtenido en el Festival de las Letras de Necochea. El libro premiado se titula "**Cantos de la Edad de Oro**", y su misma nominación puede ejemplificar todo un modo de encarar la problemática del hecho literario.

Quizá indique un renacer humanista, a través de la literatura. ¿No se llamó acaso **Siglo de Oro** el más espléndido de los momentos de la literatura española? ¿Y puede alguien negar que nuestra realidad argentina de hoy, en el terreno de lo literario, marca una espléndida vuelta a las tonalidades esenciales, a la toma de conciencia de lo poético, tanto por parte de los creadores, que bus-